

DULCE NOMBRE DE MARÍA.

DISCURSO II.

El nombre de esta Virgen es María,
Nomen Virginis Maria.
(Luc. I. 27.)

Aunque muchos santos Padres no nos asegurasen, que el augusto nombre de María descendió del Cielo, bastarian los misterios que encierra para dárnoslo á conocer como fruto de una alta sabiduría, ó, á lo ménos, para persuadirnos, de que no se impuso con tanta propiedad sin haberse celebrado el consejo que Tertuliano llama *consilium nominis*. En efecto: la grandeza, la verdad, y el feliz presagio que contiene, son las principales condiciones que se buscan en un nombre, concibiéndose en el hecho de hallarlas reunidas en él, un alto concepto de la persona que lo lleva, ó al dárselo, se hacen votos para que realice el augurio y la esperanza que de él se concibe.

Tal es, cristianos oyentes, el plan de lo que me propongo exponeros en el glorioso nombre de María, cuyo elogio estais aguardando. No debeis esperar de mí otra cosa; pues, para manifestaros todos los misterios que encierra ese augusto nombre, necesitaría explicar las prerogativas, la dignidad y las virtudes admirables de la Madre de Dios, asuntos bajo cuyo peso sucumbe toda la elocuencia humana. Con el nombre de María sucede lo que con el de Dios, el cual, siendo único, y conteniendo todas las perfecciones imaginables, exigiría, en cierto modo, infinidad de perfecciones en quien hubiera de explicarlo detalladamente. Contentémonos, pues, con decir, que es un nombre glorioso, si jamás lo hubo, puesto que significa en su lengua original, *Señora ó Soberana*; nombre el más apropiado á María Santísima, porque tambien quiere decir *iluminada é iluminadora*, segun los oficios y funciones que desempeñó en la tierra, de iluminar á los hombres trayéndoles la luz; nombre, por último, de feliz presagio,

pues equivale á *Estrella del mar*, que nos guía por el borrascoso océano de este mundo, hasta llevarnos al puerto de la eterna bienaventuranza. Tales son las tres principales significaciones que los santos Padres atribuyen al augusto nombre de María, y que la Iglesia ha recibido: lo cual me mueve á decir, que este santo nombre es, á un tiempo, el más *glorioso*, el más *propio*, y el más *feliz* que se ha dado á una criatura, en atencion á que la grandeza, la verdad y la esperanza que inspira, se hallan juntos en él, representándonos, al mismo tiempo, la dignidad á que Dios elevó á María, el ministerio que ejerció en favor nuestro, y la dicha que de estas prerogativas debemos esperar. Nombre, por consiguiente, que exige nuestros respetos, nuestra gratitud, y una especial confianza. Tal es la materia y distribucion de este discurso. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

Es ilustre y glorioso el nombre de María, por ser como el compendio de los títulos y excelencias de la mujer que Dios escogió para Madre suya, naciendo de sus purísimas entrañas; de manera, que para expresar la dignidad más alta que puede existir, la más elevada grandeza que nunca existió, la obra más notable de la gracia y de la naturaleza que ha salido de las manos de Dios, y por último, las más excelsas prerogativas que sostuvieron tan excelso rango, cumplía hallar un nombre en relacion con todo eso, á fin de dar á conocer con una sola idea este prodigio, distinguiéndolo de todo lo demás. Esto es, cabalmente, lo que Dios hizo al dar á la Virgen recién nacida el nombre de María, segun su significado de *Señora ó Soberana*. En efecto, no podía hallarse nombre más ilustre ni glorioso que el que lleva el mismo Dios, ó por lo ménos, el que más de ordinario emplea en las santas Escrituras: *Ego Dominus*. Este es el título con el cual quiere darse á conocer: *Et scietis quia ego Dominus*. De suerte, que corriendo todas las páginas del sagrado texto, se encuentra que no se llama sinó Señor, como para dar á entender, que es el Soberano por excelencia, y que ejerce un soberano dominio sobre todo lo criado, pues en nuestras cotidianas oraciones le atribuimos la fuerza y significacion del nombre de Señor.

El nombre de Señor ó soberano, que los reyes del mundo se glorian de poner á la cabeza de los demás títulos que poseen, como fundamento de ellos; ese nombre, repito, es el que Dios decretó llevase su Madre en todos los siglos, como si despues de comunicarla sus más eminentes perfecciones, su poder, y hasta su paternidad, haciéndola

Madre verdadera de su mismo Hijo, se hubiese propuesto tambien hacer partícipe á María de su propio nombre, el cual, expresando todas aquellas perfecciones, las dá á comprender mejor. En efecto; por la sola palabra de *Señora* y *Soberana*, entiendo y recuerdo en mi espíritu todo lo más grande que los hombres tienen, aunque, en realidad, no posean más que una sombra de soberanía, comparada con la de la Virgen. Yo me represento su mérito y excelencia, porque Dios, que lo ejecuta todo con alta sabiduría, al dar á la Santísima Virgen este nombre igual al suyo, quiso darnos á entender, que María es su más rico retrato, y la que, entre todas las puras criaturas, representa mejor su divinas perfecciones. Comprendo tambien, al mismo tiempo, que María fué elevada sobre todas las criaturas á tan grade altura, que por sí sola constituye como un órden diferente, atendida la singular relacion que tiene con la divinidad. Páreceme que puede decirse de María, guardada cierta proporcion, lo que el Apóstol dijo del Verbo encarnado, de quien es Madre; esto es, que se halla colocada tanto más arriba de las altas inteligencias del Cielo, cuanto más grande es la distincion señalada por el nombre que lleva y le fué dado para significar su grandeza (1). Y como el nombre, para darse con justicia, ha de expresar la naturaleza de la cosa que significa, debo concebir, desde luego, en el nombre de María lo que la distingue, ó lo que constituye su singular diferencia de todas las mujeres que son saludadas con el nombre de Señora, de Reina ó Soberana. Ahora bien; esta diferencia consiste, en que las demás mujeres usan de este título como añadido al nombre propio que ya tienen, tomándolo de circunstancias especiales, ó heredándolo de sus antepasados; de modo, que la cualidad que significa, no tiene otro valor que el que le comunican, ora el lugar en que tienen derecho á ejercer el mando, ora el enlace contraído con reyes y soberanos que comparten con ellas su autoridad; miéntras que á María Santísima, por disposicion de Dios, se le impuso tan augusto nombre tomado en la primera significacion, como el más adecuado á lo que en el tiempo venidero había de ser, esto es: Soberana de Cielos y tierra.

No basta, cristianos, para hacer glorioso el nombre de María saber, que le es comun con el mismo Dios; pues podría objetarse que tambien lo ha comunicado á los príncipes, á los soberanos, y á todas las personas que ocupan puestos superiores entre los hombres. En efecto; la Escritura, y hasta el uso comun, parece confundir el nombre de

(1) HEBR. 2.

señor con el de dueño. Pero en eso mismo consiste la nobleza y esplendor del nombre, porque cuando un nombre comun viene á singularizarse y es particularmente apropiado á una persona sola, trae consigo cierto énfasis, que descubre la dignidad y mérito del que lo usa. Todo el mundo comprende cuando oye citar al Sábio, que se alude á Salomon, al hombre que más supo entre todos los mortales; y cuando oye nombrar al Apóstol, inmediatamente ocurre á su memoria San Pablo, como el que lleva el nombre de Apóstol por excelencia. En esto precisamente se funda el uso de llamar Señor al Salvador del mundo; y cuando al nombre de Señor se le añade algun epíteto, este epíteto le hace cambiar de significado, restringiéndolo á alguna otra dignidad infinitamente inferior á la de Jesucristo. Lo mismo puede decirse con relacion á la augusta Reina de los Cielos: es *Nuestra Señora* por excelencia, y por una prerogativa singular; puesto que no entendemos otra cosa por el nombre María, pronunciado en nuestro idioma, ni lo entendieron de otro modo los padres y doctores, la Iglesia toda, todos los pueblos del mundo, los cuales llaman comunmente á María: «Nuestra Señora.» Siempre se dá al nombre de María el mismo significado, siempre se pronuncia en igual sentido, reconociendo en él el propio carácter de autoridad y de grandeza, pues para todos significa siempre Nuestra Señora, Nuestra Soberana, así como el nombre de Jesucristo significa Nuestro Señor y Nuestro Soberano.

Ya comprendereis que Dios, así como desde la eternidad eligió la Madre para el Hijo, destinando uno para otro, é incluyendo á ambos en el mismo órden de sus designios, así tambien quiso que uno y otro fuesen conocidos en todo tiempo por un nombre de grandeza y de dignidad que les distinguiese del resto de los hombres. El uno es el verdadero restaurador del mundo, y la otra fué asociada á la gloria de ser co-restauradora. Jesús fué constituido Mediador entre Dios y los hombres, y María Mediadora, cuando ménos, entre los hombres y su Hijo. Es un título que nadie puede negar á María: miéntras Jesús es verdadero Redentor por su propio mérito, y por la virtud de su sangre, María se llama co-redentora del mundo por haber suministrado esa preciosa sangre, dando la vida al Hombre Dios, quien por medio de Ella quiso redimirnos. Pero este nombre sería inútil para nosotros, sería un título vano, como el de un rey que no tuviese súbditos, como el de un amo sin criados, y como el de un monarca sin territorio, ó cuya soberanía no estuviese reconocida, si por nuestra parte nos negásemos á ser súbditos y siervos de María, rindién-

dola el culto y cumpliendo los servicios y deberes que somos capaces de prestarla.

Al principiarse este discurso os he dicho, hermanos míos, que el nombre de María, según la significación que le dan los santos Padres y la Iglesia, quiere decir, no solo *Señora* y *Soberana*, sino también *luminosa* é *iluminada*, ó bien *iluminadora*, que derrama su luz por todas partes; de donde, á mi modo de ver, puede inferirse, que nada es capaz de significar mejor el oficio para cuyo desempeño quiso Dios enviarla al mundo. Efectivamente: preguntar por qué y con qué fin apareció María entre los hombres, es como preguntar por qué crió Dios la luz, y cual es el uso que de ella se hace en la naturaleza. ¡Oh! ¿qué sería del mundo sin la luz? Un confuso caos, un hacinamiento informe de cosas sin orden, sin belleza, y sin la simetría que le ha dado la clasificación determinada en el nombre propio, y tal como puede imaginarse era el primitivo, antes que Dios enviase á él la luz, que lo embellece todo.

Y esto es lo que á corta diferencia ha hecho María en el orden de la gracia: alumbrar al mundo, sepultado por muchos siglos en las tinieblas de la culpa y de la ignorancia, de conformidad con el título que la Escritura le atribuye de *Aurora que anuncia y trae el día*. Si los hombres hubieran conocido la dicha que iban á poseer con el nacimiento de la Santísima Virgen, bienaventurada criatura por tanto tiempo esperada, habrían levantado su voz, gritando: ¡Vén, oh luz del mundo, brilla por fin en la tierra, para alumbrar á los que se hallan sumergidos en horrenda oscuridad, y sentados á la sombra de la más funesta muerte, que es la del pecado! Las súplicas que tantos profetas elevaron al Cielo para apresurar la venida de esta luz, fueron escuchadas desde muy atrás; y puede decirse, como al principio de los siglos, que la luz fué hecha, pues apareció María. Y yo añado, que habiendo venido para iluminar al mundo, no podía traer otro nombre más propio y que conviniese con más verdad á su objeto, que el nombre de María; nombre de luz, significada en la que difunde por el universo, y de la cual está María enteramente revestida y penetrada.

Que este nombre la es propio y se le dió con justo título, no puede dudarse, al observar que María trajo al mundo al que es verdadera luz. Os ruego pues, hermanos míos, que reflexioneis, que habiendo venido al mundo el Hijo de Dios á salvar á los hombres como principal fin entre los que se había propuesto, y en ejecución de la obra más grande á que se había obligado, principió por alumbrar al

mundo, disipando las tinieblas que se habían apoderado de él, ahuyentando el error, la ignorancia, la idolatría y todas las falsas máximas en que los hombres, ciegos acerca de su verdadera felicidad, estaban imbuidos. No es otra la razón de que entre los nombres más apropiados á Jesucristo, sea el de Luz el que exprese mejor su carácter personal, como lo afirman los teólogos, diciendo: que es el que más le corresponde en calidad de Hijo de Dios, y con el que se distingue de las otras dos personas de la Santísima Trinidad, siendo el Verbo Eterno Sabiduría increada y esplendor de la eternal lumbrera: *Candor lucis aeternae*. Él mismo, en el ejercicio del ministerio para el que había sido enviado, declaró explícitamente, que era la Luz del mundo; nombre que comunicó á sus apóstoles, porque eran ministros suyos en el distinguido oficio de enseñar y alumbrar á los pueblos.

Ahora bien: si los discípulos de Jesús y cuantos contribuyeron á la salvación de los hombres, participaron de tan glorioso nombre, ¿no tendré yo sobrado fundamento para asegurar, que ese mismo nombre es el más apropiado á la gloriosa Virgen, la cual fué quien más cooperó á este fin, después de su divino Hijo? Sin duda: María lleva con derecho un nombre que significa Iluminadora; voz que habreis de aceptar, aunque desusada, y de la que la necesidad me obliga á valerme, como de la más propia para recordaros el incomparable beneficio de haber traído al mundo la Luz eterna. Por medio de María, en efecto, aquella horrorosa noche que cubría toda la tierra fué disipada, y todo el mundo cambió de faz cambiando de creencias, de religión, de conocimientos, de afectos y deseos. ¡En qué ignorancia, gran Dios, en qué deplorable ceguedad estaban hundidos los hombres de mayores talentos, y cuantos servían de regla y de guía á aquella sociedad! Añadamos ahora, que así como nadie puede ser iluminado por el resplandor que arroja un cuerpo luminoso sin acercarse á él, así también, para que nosotros podamos recibir las luces celestiales, esto es, las gracias que necesitamos en medio de las tinieblas de que vivimos rodeados, nos es preciso aproximarnos á María, á quien no temo aplicar las palabras que el real profeta dice del mismo Dios: *Accedite ad eam, et illuminamini* (1). Llegaos á María y sereis iluminados por su resplandor, ya que resplandece de luz y en todas partes la derrama.

No bastaba que el nombre que el Cielo destinó á la Madre de Dios fuese el más glorioso, para que correspondiera á la dignidad de que

(1) PSALM. XXXIII.

la Virgen debía revestirse, ni que fuese el que más relacion tenía con los oficios que había de desempeñar en la tierra; también fué un nombre dichoso que contiene el presagio de las felicidades que había de traer al mundo, en consonancia con la significacion de Estrella del Norte, á la que los navegantes miran constantemente para no perderse en un mar borrascoso, llegando felizmente al puerto á que se dirigen.

No me detendré en justificar esta tercera significacion del nombre de María, bastándome que los inteligentes en la lengua convengan, en que la Iglesia la recibe, y que la razon alegada por los santos Padres se tome del ejemplo de los navegantes anteriores al descubrimiento de la brújula. Esta sirve de guía ahora para viajar por un elemento tan infiel como inconstante; pero, antiguamente, veíanse precisados los marineros á regir la direccion de las embarcaciones por la estrella polar, en cuya vista calculaban el punto donde se encontraban y la distancia que les separaba del término á que se dirigian. De ahí que los pilotos no apartasen la vista de esa estrella, para gozar de una feliz navegacion. De esta necesidad de los navegantes se tomó el nombre de María; nombre de feliz augurio, puesto que presagia la felicidad eterna, á donde esperamos llegar con sus auxilios y segura guía. Por esta razon la santa Iglesia la saluda, durante la mayor parte del año, con este hermoso nombre en un himno que la canta; y por eso también la invoca con el mismo objeto en los peligros que nos asaltan en el tempestuoso mar de este mundo, sembrado de escollos y de abismos, y en el que estamos continuamente expuestos á un triste naufragio: *Stella maris, succurre*. Reflexionad unicamente, hermanos míos, que, por especial designio de la divina Providencia á favor nuestro, fué dado á María este nombre de feliz presagio, á fin de que los hombres, pronunciándolo, concibiesen al mismo tiempo una firme esperanza de salvacion.

No sucede con el nombre de María lo que con esos pomposos nombres de Grande, Invencible, Victorioso, Conquistador, con que ciertos hombres se honran; esos nombres nunca resuenan por primera vez en la tierra sinó entre el estruendo de las armas, y no se leen en la historia sinó mezclados con el nombre de ciudades saqueadas, de ejércitos derrotados y de provincias incendiadas é inundadas de sangre; son, en una palabra, nombres que inspiran terror siempre que se pronuncian. El nombre de María, por el contrario, es nombre de dulzura, de esperanza y de consuelo, pues contiene un vaticinio cierto, de la felicidad que debemos prometernos bajo la guía y pro-

teccion de la Virgen que lo lleva. El nombre de María está lleno de piedad y dulzura, y no podemos pronunciarlo sin sentirnos abrasados de un afecto santo, ni siquiera pensar en él sin sentirnos animados de una santa confianza. No me admiro dé este sentimiento, porque considero indispensable que haya íntima relacion entre el nombre de la Madre y el del Hijo; entre el nombre de Jesús y el de María. Esta relacion existe: el uno significa *Salvador*, y el otro *la que nos guía* al puerto de salvacion; el uno nos mereció esta dicha, y el otro nos enseña el camino de alcanzarla, inspirándonos ambos reconocimiento, amor y confianza. «Quien quiera que seas, exclama san Bernardo (1), harto experimentado tienes cuantos peligros te cercan en medio de este mar tempestuoso del siglo, agitado y combatido por las borrascas, arrastrado por las olas que te llevan á todos lados. Si no quieres anegarte, nunca apartes los ojos del astro cuya luz benéfica calma las tempestades y te guía con seguridad. Si las tentaciones, que son como vientos furiosos, te acometen, exponiéndoté á un inminente riesgo de caer, levanta los ojos á la Estrella, invoca el nombre de María, persuadido íntimamente, de que se halla siempre dispuesta á socorrerte en las necesidades tan apremiantes como esa en que te hallas: *Respire Stellam, voca Mariam*. Si los arrebatos de la ira, ó los violentos deseos de una avara codicia; si los desarreglados movimientos de una concupiscencia rebelde, ponen en peligro de naufragio el débil esquite en que llevas el tesoro de la gracia, acude á María, que puede calmar las tempestades de nuestras pasiones.»

Solo nos resta, hermanos míos, poner nuestra confianza en el dulce nombre de María, tenerlo siempre en nuestros lábios y en nuestro corazon; invocarlo en todas nuestras necesidades y en los peligros á que estamos continuamente expuestos; y expresarlo con nuestras acciones, imitando las virtudes de la augusta persona que lo lleva. Sería, en efecto, un lamentable desórden, servirse de ese nombre santo como de manto para ocultar nuestros desarreglos; sería deshonorarlo, si, gloriándonos de pertenecer al número de los siervos é hijos de María, pretendiésemos perseverar impunemente en nuestra vida desordenada prevalidos de tan poderoso título; sería hacerse indigno de las gracias y de la ventura que significa y que á la vez atrae sobre nosotros. Acordémonos, por último, cristianos, de que, despues de la misericordia de Dios y de los méritos del Salvador, es el santo nombre de María nuestra principal confianza á la hora de la muerte.

(1) SERM. II, *sup. Missus est.*

Dichosos nosotros, si, en aquel momento decisivo de que pende la eternidad, conseguimos tener propicia á la Madre de misericordia, pronunciando con la boca ó con el corazon su bendito Nombre, suplicándola que realice para nuestro bien el fausto augurio que encierra, y nos lleve al puerto de la eterna bienaventuranza que á todos os deseo, etc.

PRESENTACION DE MARÍA EN EL TEMPLO.

DISCURSO I.

Introibo in domum tuam in holocaustis.

Entraré en tu Templo á ofrecer holocaustos.

(PSALM. LXV, 13.)

Un conmovedor espectáculo se nos ofrece en el Templo de Jerusalén. Una anciana, acompañada de su marido, y llevando en brazos una niña, que Dios les concediera por sus ayunos, lágrimas y oraciones, se dirige velado el rostro hácia el lugar santo. Una vez en presencia del ministro del Altísimo, depone la niña á sus piés, y pasando de ésta, por decirlo así, de la cuna al altar, viene á ser toda del Señor. El sacerdote bendice á la oferente y á la ofrecida, mientras que un armonioso cántico de alegría y de accion de gracias acompaña la piadosísima ceremonia.

Si solo consideramos la parte exterior de la presentacion, no vemos más que unos padres religiosos que ofrecen al Templo de Sion una niña de sorprendente belleza; pero los espíritus angélicos, que emprenden su vuelo hácia el Santuario, vislumbran en ella toda una historia de maravillas. En efecto; aquella recién nacida no es una niña como cualquier otra, sinó que es la Virgen profetizada por Isaías; es la esposa del místico cántico de Salomon; es la nueva Eva venida para borrar la culpa de Eva pecadora; aquella niña es María. En este dia entra Ella en el Templo; hoy se muestra como la tierna flor nacida á los piés del altar, y como el olivo de la renovada alianza y de la deseada paz.

Ahora; ¿quién podría explicar lo que pasa hoy en el alma de María? ¿qué sentimientos se le despiertan en el corazon? ¿qué pensamien-